

SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS MORENO. *Ha-cia la mejor España. Los escritos de Américo Castro sobre educación y universidad*. Barcelona: Fundación Xavier Zubiri y Edicions Bellaterra, 2015, 547 pp.

<https://doi.org/10.20318/cian.2017.3946>

Precedido por una de las huellas de Castro hasta hace pocas semanas, el libro del profesor Santiago López-Ríos abre con las palabras de Juan Goytisolo. Prologa el compendio de textos del filólogo criticando la educación de una España que no cultiva las mentes de las nuevas generaciones, sino que las usa como mero repositorio donde almacenar extensos manuales y textos literarios memorizados y recitados mecánicamente. En definitiva, Goytisolo da comienzo a esta obra poniendo en evidencia los muchos defectos de una España que parece vivir en un eterno naufragio intelectual, y cuya aportación al mundo es testimonial hasta en su propia historia.

Las palabras del autor de *Señas de identidad* vienen seguidas del texto introductorio del propio López-Ríos. En él, el profesor deja entrever el pensamiento de Castro, alguien que amando profundamente a España, sintió la impotencia de su desdicha. Fiel discípulo de la Institución Libre de Enseñanza y sus referentes –Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío–, de los cuales Améri-

co Castro adoptó una visión crítica de las prácticas pedagógicas a todos los niveles, especialmente de las universitarias. Para ello, buscaría modelos en el extranjero en su afán por internacionalizar la educación española, fijándose principalmente en Francia, Estados Unidos y Alemania.

Propiamente en los ensayos y artículos que Castro publicó en diarios de corte progresista, éste se muestra crítico con una enseñanza anacrónica que prima la técnica sobre la sensibilidad, y por ende reprende a una sociedad orgullosa de tener ingenieros y no literatos. Reprende a la industria editorial, que ya por entonces comenzó a mostrar sus intenciones económicas y poco pedagógicas. Cuestiona abiertamente también la preparación y selección del profesorado, bajo un sistema de oposiciones que no demuestra su valía. En resumen, Américo Castro reprueba con vehemencia tanto a profesores como a instituciones y métodos.

Son tantos los textos recopilados en esta obra, que hacer una valoración global de los mismos se antoja complicado. Sin embargo, sí se puede advertir de un hilo conductor en todos ellos que es explícitamente señalado por el autor en el título de la compilación. En los más de ochenta textos recogidos, la protesta y la indignación por una España enconada y marchita que ve pasar sus oportunidades inunda cada uno de sus escritos. Américo Castro no esconde

su apego al país ibérico y se muestra crítico con él en su afán por mejorarlo. El filólogo contempla a otros países y se encoge cuando retorna a España y su enseñanza, y nos muestra cómo el nacionalismo no se basa en el afán por defender irracionalmente el país que nos ve crecer, exagerando sus virtudes y su pasado, sino mostrándonos críticos con él.

Cuando uno se adentra en las páginas de este libro, se pierde en la delgada línea que parece separar el pasado del presente. Leer a Castro implica leer con impotencia y preocupación por un país que vive cómodo en su ignorancia. No cuesta imaginar la opinión que el filólogo tendría de la cantidad –y sobre todo calidad– de las universidades en España, de la nula evolución que ha sufrido el proceso de selección del funcionario, por no hablar de los métodos de enseñanza.

Gracias a esta obra, el lector puede obtener una visión panorámica del pensamiento de un institucionista convencido y comprometido con un futuro mejor. Sin embargo, el destino quiso que las ideas de Américo Castro, como las de otros muchos intelectua-

les de la época, fuesen engullidas por la dictadura franquista. Y es hoy el deber de filólogos e historiadores, como el profesor López-Ríos, recuperar la memoria y el pensamiento de autores con proyectos tan ambiciosos y brillantes para España. La minuciosa labor de archivo que refleja esta obra es de una vocación y respeto profundo a toda una corriente de intelectuales reformistas y comprometidos.

En conclusión, este compendio de textos perfectamente introducidos supone un grito de reivindicación a una España que no llega. La educación que anhelaba Castro, que debía remover por dentro al alumnado, inquietarle y convertirle en crítico, parece lejana aún. Todavía hoy vemos como nuestra sociedad enaltece al ingeniero y no al literato o al maestro. Quizá sea esta una de las mayores virtudes de este libro, esa nostálgica conexión de la realidad de Castro con la actual, como si la verdadera esencia de nuestro país fuese siempre aspirar a ser algo mejor, un algo que nunca llega.

Carlos Sanz Simón
Universidad Complutense de Madrid